



las tobas y la Virgen de las Cuevas escasamente llueve. Diputado a Cortes. Antonio López Casero se sienta en un banco de piedra de la Glorieta frente al «Casino Primitivo» y charla con Andrés Escribano del horno del alfarero. O de Paquito Valbuena, inmisericordemente azul.

Es muy amigo de todo el mundo Antonio López Casero. Y se las sabe todas, pero se calla. Va muy callado dentro de sí mismo, en el interior de su retrato, Antonio López Casero. En la rebotica de su negocio de cafeaspirinas y ungüentos taruguillo de la calle de la Virgen, cuando habla López Casero, lo hace con Ignacio Escribano, el chico de los Curros, aquel que anda por Alemania sonsacándole a la virtud de la esperanza sus persignaciones, porque tiene el Campo de Criptana de Antonio López Casero mucha metafísica encima; o se le han marchado por las carreteras del mundo muchos chavales muy ponderados y calladitos. La Mancha de por estos lados de acá es silenciosamente particular.

El espejo de López Casero es un espejo chiquitín y cuidadosamente enmarcado. Y no se empaña así como así. En el pueblo ni lo advierten. No se mete ya en política, porque las cosas todas se menean demasiado cada mañana por el Barrio de las Charcas y por la calle de Castillo. Aunque, mire usted, en la Plaza Mayor, en la

...«porque tiene el Campo de Criptana de Antonio López Casero mucha metafísica encima; o se le han marchado por las carreteras del mundo muchos chavales muy ponderados y calladitos».

esquina del «Rincón del Conde» todavía dura la placa de granito con el rótulo del generalísimo Franco, y Joaquín Fuentes sin inmutarse, sabe usted. Es muy amigable con todo el universo Antonio López Casero. Hace buenas migas con todos sus paisanos ilustres, sean del bando que sean: curas, pintores, trapeceistas, músicos, artistas de cine, decoradores, chamarilleros, detectives, danzantes y abadesas. Porque está siempre en donde estaba. Y si no toca los platillos en la **Filarmónica Beethoven** es sencillamente porque no le da la real gana. Aunque, eso sí, cuando le apetece, se toma una botella de vino con sífon en los atrases del «**Bar Castillo**» con Angelito Herencia, con Jesús Gabilla, Luis María Ansón y el mismísimo Mayor Zaragoza. Con sólo mover un dedo, Antonio López Casero convertiría el «**Cerro de la Paz**»

en patrimonio de la Humanidad, pero van muy residuales los idealismos por aquí; o los molinitos se caen desmayados los unos en los brazos de otros. ¡coño, con tanto Don Quijote y tanta literatura!

Antonio López Casero tendría que ser más literario y quijotil. Mas lo que sucede, en los pueblos, es que cada cual va a sí y nadie a los asuntos de ninguno. O el fotógrafo nació, allá por la «**Rinconada de Santa Ana**» con el horóscopo muy cambiado. Acá, viajero, es preferible que no salga usted de los límites de «**La Cañamoya**», que con la batuta de Luis Cobos nos conformamos durante los días de feria. Acá ya puede salirte el hijo Arcipreste de Hita, que no comulga la feligresía con ruedas de molino. Alguna vez sacaremos en los papeles a «La Caneca», que conoce mucho a Maribel, aunque no la llamen para las novenas del «**Cristo de Villajos**» a cantar los motetes que acaba de arreglar el hijo del Maestro Angulo, que no le gustan ni pizca a don Juan Miguel Villar, el que fundó la Coral «**Stella Maris**».

Mientras tanto Antonio López Casero se encuentra con el fotógrafo en la «**Casa de Castilla-La Mancha**», de Madrid, y charlan de Pepe Díaz. Tendríamos que hacer algo en beneficio del pueblo. ¡Adrúla!